

KEVIN J.
ANDERSON

Terra Incognita

SERIE ÉPICA

THE MAP OF ALL THINGS

was first published in the United States by Little, Brown & Co, Inc., 2010.

EL MAPA DE TODAS LAS COSAS

fue publicado originalmente en los Estados Unidos por Little, Brown & Co, Inc., 2010.

Primera edición,

Enero 2011

Copyright © Kevin J. Anderson

Copyright © Mundos Épicos Grupo Editorial

Copyright de las ilustraciones © Mundos Épicos Grupo Editorial

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

**MUNDOS
EPICOS**
GRUPO EDITORIAL

C/ Rosa García Ascot, 11

Portal 4, 3ºB, 29190

Puerto de la Torre, Málaga

Tlf: 951 93 11 34

info@mundosepicos.es

www.mundosepicos.es

ISBN: 978-84-92826-15-5

Título original: *TERRA INCOGNITA – BOOK TWO – THE MAP OF ALL THINGS*

Traducción: EVA DE GREGORIO GONZÁLEZ

Asesor de español: DAVID VELASCO MORALES

Ilustración de portada: MIGUEL REGODÓN HARKNESS

Cabecera y logo: JOSÉ GABRIEL ESPINOSA

Ilustraciones interiores y mapa: JOSÉ ANTONIO RANDO

Diseño gráfico y maquetación: PABLO GUIL

Impresión: PUBLICACIONES DIGITALES S.A.

Depósito legal:

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro,
ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma
o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia,
por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

<http://terraincognita.mundosepicos.es>

DEL AUTOR *BEST SELLER*
INTERNACIONAL

KEVIN J.
ANDERSON

Terra Incognita

Vol. II: El Mapa de Todas las Cosas



Sobre el autor

KEVIN J. ANDERSON, autor de casi cien novelas, cuarenta y ocho de las cuales han aparecido en las listas de *bestsellers* nacionales o internacionales, tiene más de veinte millones de libros impresos en treinta idiomas. Ha ganado o ha sido nominado para el premio *Nebula*, el *Bram Stoker*, los *SFX Reader's Choice*, y *The New York Times Notable Book*. Por todo ello, se trata de uno de los escritores más populares de los que actualmente trabajan en el género.

Anderson es coautor, junto con Brian Herbert, de once libros de la saga *Dune*, incluido el más reciente, *The winds of Dune*. Del mismo modo, Herbert y Anderson son coproductores de una nueva película de *Dune* desarrollada por Paramount. Por otra parte, la serie más popular de Anderson es *La saga de los Siete Soles*, su obra más ambiciosa hasta el momento, con siete volúmenes. Actualmente está centrado en la trilogía *Terra Incognita*, sobre grandes veleros, monstruos marinos, y una particular cruzada. Como un innovador proyecto, compañero de *Terra Incognita*, Anderson ha escrito junto a su esposa Rebecca Moesta la letra de dos ambiciosos CDs de rock, basados en los dos primeros volúmenes de esta saga. Realizados por el nuevo 'supergrupo' *Roswell Six* (ProgRock Records), se trata de un gran proyecto con actuaciones de leyendas del rock: Dream Theater, Asia, Saga, Kansas, Rocket Scientists o Shadow Gallery.

Entre sus novelas destacan *Enemies & allies*, que relata el primer encuentro de Batman con Superman en la década de los 50 durante la Guerra Fría, y *The last days of Krypton*, que escribió para HarperCollins/DC y que trata sobre el final del planeta de Superman.

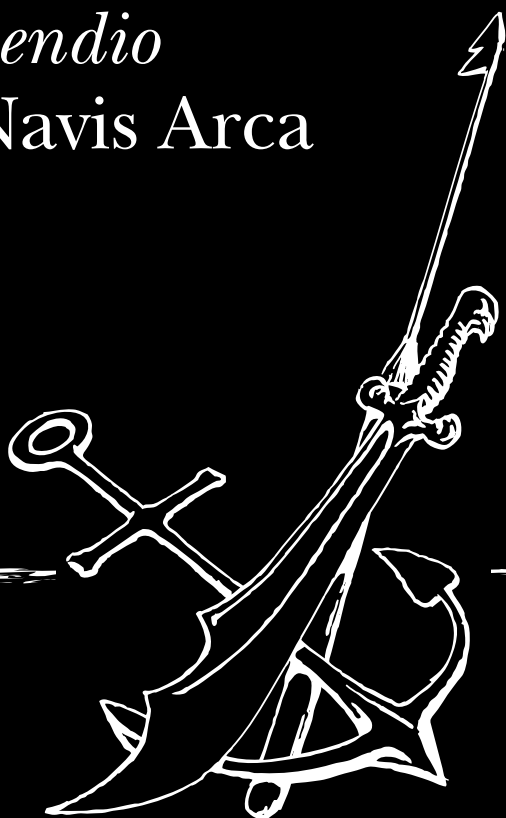
Ha escrito además numerosos libros de *Star Wars*, incluyendo la trilogía *Jedi Academy*, *Darksaber*, o la serie *Jedi Knights* (con Moesta), y la de cómics *Tales of the Jedi* de Dark Horse. También es autor de novelas de *Expediente X* y de *Frankenstein Dean Koontz: Prodigal Son*, así como de *Titan A.E.* o de *La Liga de los Hombres Extraordinarios*. Ha publicado cómics en DC, Marvel, IDW, Wildstorm, Topps y Dark Horse.

***«En el Mapa de Todas las Cosas,
cada vida es un reino».***

– Cuentos del Viajero –

PRIMERA PARTE

*Seis años después
del incendio
de la Navis Arca*





I Puerto de Calay, Bahía de los Astilleros

Suspendido en una cuna hecha de cuerdas, de una viga de la nave, un canoso artesano utilizaba un mazo, un cincel y una escofina para esculpir el ornamentado letrero. Seguía las líneas dibujadas en la pulida superficie, haciendo aparecer el nombre del barco en la madera.

Discovery. La palabra plasmaba todo lo que el magnífico barco estaba llamado a ser, evocando las esperanzas depositadas en su misión y en su capitán...

Criston Vora estaba en el muelle, en la Bahía de los Astilleros, contemplando el barco. Su barco. Pronto zarparía, cruzando los mares sin explorar para encontrar la tierra perdida de Terravita.

Usando ganchos y poleas, los avezados trabajadores tiraban de los cabos para aguantar los mástiles y los palos. Desde dentro y fuera del curvado casco, los calafateadores golpeaban a martillazos la madera de roble para prevenir las filtraciones del agua salada; los carpinteros pulían y preparaban la madera dorada que formaba los camarotes, mientras pintores y doradores daban los toques finales al exterior, haciendo que cada detalle fuera lo más bonito posible para el Sagrado Joron.

Incluso bajo el radiante sol, el aire de la primavera continuaba siendo fresco y vigorizante. El trabajo iba progresando en el gran galeón de tres mástiles, seis años después de que los odiosos Urecari hubieran saboteado con un incendio la nueva *Navis Arca*, cuyo oficial al mando era el Rey Korastine. Unas cuantas maderas ennegrecidas del casco se veían aún en la Bahía de los Astilleros, donde el navío de exploración se había hundido. Pero el nuevo barco era la prueba de que la esperanza no se había perdido, sólo se había retrasado. No era la primera vez que Criston Vora había resucitado la esperanza de las cenizas...

Kjelnar, el constructor de buques iboriano, paseaba arriba y abajo por la cubierta, indiferente al frío. Para un hombre que se había criado en las



zonas frías del norte, aquél era un día suave. Saludando a Criston en el muelle, se hizo oír sobre el bullicioso ruido del trabajo de construcción.

—¡Todo está listo, capitán! El cuerno del dragón de hielo tendrá su sitio en el mascarón de proa del *Discovery*.

Criston se puso las manos alrededor de la boca y devolvió el saludo.

—Esperemos que tus leyendas de Iboria sean tan fiables como tu habilidad artesana. Necesitamos toda la protección posible.

El cuerno había sido pensado para la primera *Navis Arca* de Korastine; afortunadamente, la reliquia no se había instalado aún cuando el barco ardió en el puerto. Ahora, el cuerno se guardaba dentro de la kirk principal Aidenista, donde permanecería hasta justo antes de que el *Discovery* zarpara.

Al sentir un tirón en la manga, Criston bajó la vista y vio a su joven compañero. —¿Vamos a bordo, señor? Quiero ver lo que han terminado en su cabina desde ayer.

Criston le sonrió a Javian, sintiendo el vínculo que lo unía a él. Recordó cuando él tenía catorce años, la excitación de zarpar en los botes de pesca con su padre, de mirar al mar, imaginando tierras misteriosas justo detrás del horizonte.

—Tendrás tiempo más que suficiente para memorizar cada astilla y nudo de cada tabla de la cubierta. Te sugiero que pases el tiempo en tierra firme mientras puedas, y aproveches lo que Calay ofrece.

Pero Javian no podía quitar los ojos del barco.

—El mar tiene más que ofrecer, señor.

El joven había perdido a su madre en la mayor epidemia de fiebre gris que se había registrado en las calles de Calay, y había huido de su angustiados y abusivo padre. Javian le había contado a Criston cómo, desde que tenía diez años, le habían cautivado los muelles y había llevado una vida muy dura aceptando pequeños trabajos y mendigando por las tardes en los tenderetes de los pescaderos.

El joven era curioso, resuelto, y lo más importante de todo, se hacía útil. Durante la construcción del *Discovery*, si uno de los artesanos se quejaba por tener que hacer una tarea desagradable, Javian se ponía a hacerla sin que se lo pidieran. Después de observarle, Criston le había ofrecido ser su grumete en el viaje.

Demasiado parecido a mí, cuando yo tenía su edad...

Hacía más de dieciocho años que la *Luminara* zarpó al mando del capitán Andon Shay, con parecidos sueños y la misma determinación. Por aquella época, Criston y su tripulación habían llegado más allá de los límites de todo mapa conocido... y lo había perdido todo. Aunque había

sobrevivido al naufragio, su vida cambió para siempre. Después de pasar varios años retirado como un ermitaño, Criston decidió plantarle cara a la vida de nuevo, y volvió al mar. Había vuelto a la humanidad hacía ahora seis años, pero nunca dejó de sentirse solo. Su centro de atención, su obsesión, le alejaba de los demás: Criston estaba seguro de que la *Luminara* había estado cerca, muy cerca de su sagrado destino. Con el *Discovery* tenía la intención de volver y buscar otra vez.

Al lado de Korastine caminaba un sonriente chico de unos diez años de edad, rubio y de tez clara. Fascinado por los barcos del puerto, el Príncipe Thomas solía acompañar a su padre a la Bahía de los Astilleros. El pelo y los ojos claros del chico reflejaban los de su madre, de Iboria, quien había muerto cuando él tenía tan sólo cuatro años. El rey avanzó hacia su hijo, cojeando de la pierna izquierda. En los últimos años, la gota había avanzado tanto que apenas podía caminar, aunque se negaba a que le llevaran en un palanquín.

—¿Qué hay de nuevo hoy, capitán Vora? ¿Vamos de tiempo según lo previsto?

Criston hizo una reverencia formal.

—Con Kjelnar como constructor, Majestad, desde luego que vamos según lo previsto.

Korastine fue pasando su melancólica mirada por las cuerdas del vele-ro. Con una sonrisa forzada se palmeó la pierna hinchada.

—A pesar de que me encantaría formar parte de su tripulación, capitán, permaneceré aquí esperando sus informes.

El Príncipe Thomas se puso delante de su padre.

—Yo quiero acompañarles.

Korastine le sonrió.

—No dudo que sería más divertido que las funciones de la corte, pero el viaje será muy peligroso. Debes quedarte en Terra, donde estarás a salvo.

Criston se arrebujo en su chaqueta al notar que una fría brisa atravesaba el muelle. Si zarpaban en primavera, el *Discovery* tendría por delante varios meses de buen tiempo para llevarlo más lejos de lo que ningún hombre había ido nunca.

—Partiremos dentro de tres semanas, señor. Entonces los vientos deberían ser más favorables para un largo viaje hacia el oeste.

Korastine se acarició la barba.

—He puesto grandes esperanzas en usted, capitán Vora. —Apretó el hombro de Thomas, dejando caer parte de su peso en el chico—. Encuentre al Sagrado Joron. Su ayuda es necesaria en esta cruzada contra los seguidores de Urec.





2

Ishalem

La gran muralla que rodeaba Ishalem impedía el paso al istmo de los enemigos Aidenistas. Detrás de la llamada Barricada de Dios, la ciudad sagrada al fin estaría a salvo en manos de los Urecari; mientras, Terra se marchitaría y moriría como una rama caída de un árbol.

Desde la alta colina donde una vez estuvieron los antiguos restos del naufragio de la *Navis Arca* de Urec, el Soldan-Shah Omra observaba cómo sus trabajadores y los esclavos terranos continuaban su labor. Los sudorosos hombres se ayudaban de rodillos hechos con troncos, y lubricados con lodo, para llevar los bloques a su sitio. En el puerto del oeste, una barcaza avanzaba despacio sobre el agua, llevando los pesados sillares extraídos de los acantilados.

Estando al frente del proyecto, el Kel Unwar casi había completado una altísima barrera de siete kilómetros de longitud, piedra tras piedra, ahora que la armada urabana había reconquistado aquella tierra sangrienta y llena de cenizas. Aunque le habían entrenado para ser un líder militar, Unwar estaba más dotado para ser ingeniero y dirigir equipos de trabajo en lugar de ejércitos. Cuando Omra le retó a construir la muralla, Unwar se quedó mirándolo fijamente, y asintió con la cabeza.

—Nadie ha intentado nunca tal tarea, soldan-shah. Será magnífico.

A lo largo de los años, el enemigo había intentado, fracasando repetidamente, romper sus defensas. Omra no tenía intención de permitir jamás a los Aidenistas poner un pie en aquel suelo sagrado. Mostrando sus cuidados fajines y llevando sus brillantes cimitarras, los soldados patrullaban por el paisaje rocoso, al norte de la línea desde la que se podían ver las incursiones Aidenistas. Los barcos de guerra patrullaban el puerto y la costa. A medida que se completaba la muralla, el enemigo se iba desesperando más, y el soldan-shah se iba sintiendo cada vez más seguro. Pronto podría volver a Olabar, a su palacio, con su familia. Pero no aún.

Su objetivo era restablecer la verdadera grandeza de Ishalem. Los campamentos de los peregrinos y las últimas ruinas de las casas incendiadas se habían reemplazado por nuevas viviendas hechas de piedra blanca. Los fuertes caballos de Uraba vaciaban los canales abarrotados de escom-



bros para que el agua pudiera fluir de nuevo; los botes pequeños podrían navegar tierra adentro desde los puertos, tanto desde las costas del Mare Magnum como del Mare Medium. En el aire resonaban los ruidos de la construcción: el golpeteo de los martillos, el chirrido de las cuerdas y el repiqueteo de las poleas, los gruñidos de los trabajadores... Era un sonido alegre, un alboroto gratificante. Quizás el propio Ondun se había dado cuenta de aquello y había decidido devolverle la dignidad al pueblo al que había dejado atrás.

Tras acercarse cabalgando a Omra, el Soldan Vishkar, de Wahilir Citerior, se apeó de su semental gris e hizo una reverencia. Los vistosos arreos del semental estaban hechos de un recargado cuero repujado, la mordida estaba adornada con helechos de plata y oro, y borlas de un intenso color púrpura.

—Hace una buena tarde, soldan-shah.

Veinte años mayor que Omra, el nuevo Soldan de Wahilir Citerior tenía la cara cuadrada y el pecho fuerte. Su delicada y puntiaguda nariz y su singular sonrisa le transmitían siempre un punto de tristeza a Omra: se parecía mucho a su hija Ishtar, la primera esposa de Omra y su primer y verdadero amor, la cual había muerto al dar a luz hacía tiempo.

Vishkar sacó un largo cilindro de sus alforjas, desenrolló el papel y buscó a su alrededor un lugar donde mostrar el dibujo. Al final utilizó la montura de su caballo como una mesa improvisada; el semental pastaba en la hierba, indiferente.

—Y será aún mejor cuando os haya enseñado los planos de la iglesia. Mi arquitecto saedrano se ha superado a sí mismo. Este edificio será mucho más impresionante que el de Huttan.

—Sé que estás volcado con este reto. Déjame ver los diseños. —Vishkar solía intentar persuadir a los demás para conseguir detalles sobre los planos de sus competidores, pero sabía que Omra no le diría nada—. ¿No sería mejor que fuera un seguidor de Urec el que diseñara la iglesia?

En lugar de sentirse avergonzado, Vishkar negó con la cabeza.

—No, soldan-shah. Lo mejor es utilizar al arquitecto con más talento, sin que importen sus creencias. Y Sen Bira na-Lanis es el mejor. Tengo la intención de ganar este concurso.

En los días gloriosos de la ciudad, dos iglesias habían dominado Ishalem, la Aidenista en el oeste y la iglesia principal Urecari en el este. Tras el gran incendio, el soldan-shah exigió que se reconstruyeran las dos iglesias, pero esta vez las dos serían levantadas en nombre de Urec, y las dos mostrarían el símbolo del helecho desplegándose. En la nueva Ishalem no tenía cabida el anzuelo Aidenista.



Los soldanatos vecinos de Wahilir Ulterior y Citerior siempre habían sido rivales, por lo que Omra los había retado a reconstruir las dos grandes iglesias. Huttan se había quejado por ello, mientras Vishkar había jurado demostrar su valía para un proyecto tan importante. Al ser un soldan recién nombrado, Vishkar sentía que tenía mucho que demostrar.

Unos años atrás, después de que el antiguo líder de Wahilir Citerior y toda su familia hubieran sido envenenados por un atroz asesino Aidenista, el Soldan-Shah Omra había causado un gran alboroto entre los nobles al otorgarle a Vishkar la vacante dejada por el gobernante. Se trataba de una elección inesperada, pero era un rico comerciante de Olabar, y como padre de la dulce Ishtar, era un hombre respetado por Omra. Para consternación de las familias nobles, Vishkar pasó a gobernar todo el soldanato, con sus ciudades costeras, sus astilleros y sus puertos comerciales.

Mientras su rival de Wahilir Ulterior, el Soldan Huttan, refunfuñaba por el gasto de construir una nueva iglesia, Vishkar se puso a trabajar con entusiasmo. Ahora, señalando con el dedo el pergamino extendido sobre el semental que pastaba, indicó las pequeñas torres y los minaretes, así como la cámara de culto abovedada con una pasarela en espiral. Las numerosas ventanas dejarían pasar gran cantidad de luz. Desde los ventanales más altos, las sikaras leerían las escrituras, o quemarían los lazos de las oraciones en sus braseros. Aunque su plan era mucho más ambicioso que todo lo sugerido por Huttan, Omra no se permitió mostrar ninguna reacción.

De repente, el semental sacudió la cabeza y levantó las orejas, y vieron a un hombre delgado que corría por el Camino del Peregrino, hacia la cima de la colina, como si tuviera miles de demonios en los talones. Cubierto de polvo, llevaba un objeto enrollado en la mano. Los guardias corrieron tras él, más bien excitados que en su persecución. Jadeando y sofocado, el hombre alcanzó la cima, se inclinó y tosió, descansando su peso en las rodillas. Vishkar parpadeó por la sorpresa.

—¿Sen Bira? ¡Casi no te reconozco! Señor, éste es mi arquitecto saedrano.

Bira se sacudió el polvo de su enredado cabello, e intentó en vano mejorar su apariencia. Aspiró una bocanada de aire.

—Yo... debería haber venido a caballo.

Los guardias llegaron rápidamente junto al saedrano, avergonzados de que los hubiera dejado atrás.

—¡Soldan-shah! Este hombre ha hecho un descubrimiento...

—Iba a explicarlo él mismo. —Omra asintió con la cabeza—. Vamos, me pica la curiosidad.

Con esfuerzo, Sen Bira na-Lanis tomó aliento y se recompuso.

—Hemos estado excavando entre las ruinas de la vieja kirk Aidenista y hemos atravesado un grueso muro de piedra situado en las catacumbas tras el que hemos descubierto una cámara en la que nadie había entrado en siglos. —Levantó el objeto que portaba, un antiguo recipiente para cartas hecho de piel.

Vishkar le arrebató el tubo de cuero y, sin abrirlo, se lo pasó a Omra. El soldan-shah sacó de él un pliego de pergamino muy bien conservado, lo desenrolló meticulosamente y descubrió un maravilloso dibujo. Era una carta de navegación de una tierra que nunca había visto antes: islas y arrecifes a lo largo de una extraña línea de costa, junto con extravagantes ilustraciones de serpientes de mar y animales con tentáculos. La escritura era tan recargada y arcaica que a Omra le costó descifrar las letras.

Con sorprendente admiración, Sen Bira dijo:

—Es el mapa, soldan-shah, el mapa original. La información que contiene es un milagro... —Apuntó con un sucio dedo a la línea de costa, pero tuvo cuidado de no tocar el pergamino—. Mire aquí, pone TERRAVITAE.

Omra miró a Vishkar, después otra vez al saedrano.

—¿El mapa original de Urec? ¿El que le dio el mismo Ondun antes de que los dos hermanos zarparan? ¿El que Urec usó en su búsqueda de la Llave de la Creación?

Sen Bira asintió con la cabeza.

—Eso creo, soldan-shah. Ha estado enterrado en una catacumba, sin que nadie lo toque, durante muchísimo tiempo.

—Pero, supuestamente, Urec perdió su mapa —razonó Vishkar—. Sabemos toda la historia. Es por lo que nunca consiguió saber cómo volver a casa.

Los ojos de Sen Bira recorrieron el documento.

—Las leyendas son tan antiguas que... ¿quién puede decir lo que es verdad y lo que no? Las historias cambian con el paso del tiempo.

—La verdad no cambia —dijo Vishkar.

Omra miraba maravillado el mapa; su respiración se iba haciendo más rápida a medida que sus sospechas crecían y sus sentimientos pasaban del asombro a la furia.

—Si éste es de verdad el mapa original de Urec, entonces ¿por qué estaba escondido debajo de una kirk Aidenista?

En la ciudad sonaron varios cuernos de guerra, una fanfarria que motivó que los trabajadores hicieran una pausa. Omra levantó la vista de la antigua reliquia que tenía en sus manos, y que de repente había pasado a ser tan importante. Vishkar sacó un catalejo de una bolsa que pendía de la silla de su caballo y le tendió el cilindro de latón con relieves al soldan-shah. Omra le devolvió el recién descubierto mapa al saedrano.



—Lleva esto a mi residencia para que esté a salvo, pero no se lo digas a nadie hasta que haya tenido tiempo de examinarlo.

Sin esperar a que el arquitecto contestara, se colocó el catalejo en un ojo y vio a un explorador a caballo al otro lado de la Barricada de Dios, galopando por el viejo camino lleno de baches y maleza que hacía tiempo había conducido a los peregrinos Aidenistas a Ishalem. El jinete izó un estandarte que mostraba el símbolo del helecho para evitar que los arqueros de la muralla le dispararan.

—Es uno de nuestros exploradores, que vuelve cabalgando muy rápido.

Omra montó a toda prisa en su caballo, mientras los guardias y Sen Bira se agolpaban alrededor, alarmados. Con un esfuerzo, Vishkar subió a la silla, y los dos hombres pusieron sus monturas al trote, bajando por la empinada senda, silbando y gritando para que los demás se apartaran del camino. Pronto llegaron al gran muro de piedra, donde había más soldados que esperaban encontrarse con el explorador.

—¡Abran paso al soldan-shah! —gritó Vishkar, y los hombres uniformados se echaron a un lado.

Mientras frenaba a su caballo, el explorador se mostraba eufórico, y sus ojos brillaban de emoción. Al ver a Omra, hizo un rápido saludo desde la silla, pero no perdió el tiempo en formalidades.

—¡Es el ejército de Terra, soldan-shah! Diez mil hombres de caballería e infantería, la fuerza más grande que nunca han enviado contra nosotros.

Omra recibió la noticia sin mostrar sorpresa.

—Esta vez vienen en serio. ¿Cuándo llegarán?

—En pocos días, señor. Tres a lo sumo.

Una ola de excitación se propagó entre las personas que estaban reunidas en la muralla. Omra se acarició la oscura barba.

—Entonces estaremos preparados para recibirlos.



3 Palacio de Olabar

En una habitación de la alta torre, la primera mujer del soldan-shah, Ishtar —a la que habían bautizado como Adrea, hacía mucho tiempo—, estaba sentada con sus hijas, aparentemente estudiando versos del Diario de Urec. Las cortinas de seda azul estaban corridas hacia un lado, y la cálida luz del sol de Olabar se reflejaba en el mármol pulido del balcón abierto.

Desde la multitud que se movía en la plaza de abajo, subía la voz penetrante de la sikara Fyiri. Sus palabras eran tan afiladas como el pico de las gaviotas, pero ni las gaviotas eran tan maliciosas y persistentes.

—¿No nos enseña Urec que los espejismos pueden ser tan malignos como el peligro físico? Nos avisa de no confiar en desconocidos. —La voz de Fyiri se hacía más estridente—. ¡Que no te falte valor para reconocer al desconocido que has dejado estar en tu casa y en tu cama!

Era claramente una referencia a la primera esposa y a su papel en el palacio de Olabar. Ishtar controló sus nervios, manteniéndose algo apartada. Las sikaras no eran nunca tan atrevidas cuando Omra estaba en la ciudad.

Inclinándose sobre la fría mesa de piedra, Ishtar señaló las adornadas letras de la página, corrigiendo la pronunciación entre dientes de su hija menor. La sikara del exterior interrumpió a las tres niñas —Adreal, Cithara, e Ishtala— en sus estudios. Debido a que pasaba gran parte de su tiempo en Ishalem, Omra designaba asesores en su ausencia, para controlar el tesoro de Uraba, la agricultura y el comercio, los preparativos militares y la marina de guerra. Como primera esposa del soldan-shah, Ishtar había pasado muchos años a su lado escuchando quejas; ahora él le dejaba realizar muchas de sus funciones del día a día en la corte. Por ser una simple mujer, y además una extranjera, muchos nobles de Uraba, además de múltiples sacerdotisas y plebeyos se molestaron al ver su influencia. Hicieron circular rumores que decían que Ishtar era una bruja Aidenista que había echado un maleficio sobre el soldan-shah, lo que era una gran estupidez. Por lo que ella estaba preocupada era por la educación de sus hijas.

Adreal, de doce años, la mayor, paseaba por la habitación de la torre, aburrida de la poesía del Diario de Urec; prefería las historias de aventuras a los versos líricos. Ella y su hermana pequeña, Ishtala —dos años más



joven—, pronto comenzarían la escuela en la iglesia principal de Olabar, ingresando en las filas de sus acólitos.

Adreal se parecía a su madre, tenía una piel que semejaba el tono terrano; el pelo era de un caoba más claro que el de Ishtala, y su cuerpo más enjuto. La niña no tenía muchas ganas de ser una sikara; soñaba con hacer otras cosas en su vida además de estudiar y predicar.

Ishtala era la otra cara de la moneda: piel aceitunada, el pelo de un verdadero negro azulado, y actitud estudiosa. A sus diez años, le encantaba escuchar a las sacerdotisas. Había examinado detenidamente por su cuenta el Diario de Urec, escribía plegarias, y quemaba tiras de papel con la esperanza de que Ondun mismo viera el humo.

La multitud rugió fuera, indignada por algo que la sikara Fyiri había dicho. Ishtar levantó la vista del grueso tomo. La tercera niña que estaba en la sala, Cithara, de once años, era más fuerte y temperamental que sus dos hermanastras. Se alejó del balcón abierto, resoplando.

—No debes escucharla, madre Ishtar. La sikara Fyiri desprende veneno contra ti.

A pesar del nudo que tenía en el estómago, Ishtar no se permitió mostrar ningún malestar delante de sus hijas.

—Estoy a prueba contra su veneno. Puede hablar todo lo que quiera. —Tomó la mano de las muchachas y las llevó de nuevo a la mesa y a sus estudios.

Cithara era la hija de Cliaparia, la fallecida esposa del soldan-shah, a quien Ishtar había asesinado a puñaladas a plena luz del día. Cubierta de sangre, había corrido con sensación de vértigo a través de los zocos. Ishtar se había horrorizado de sí misma, pero no había sentido ninguna culpa. Cliaparia había matado a su hijo recién nacido... Criston... el heredero del soldan-shah.

Hacía seis años, cuando Omra había lanzado sus huestes hacia la conquista de Ishalem, el soldan-shah encontró pruebas de los crímenes de la otra mujer. Su ira había sido atronadora. Envío proclamas a todos los soldanatos absolviendo a Ishtar de toda culpa por el asesinato.

—Habría ejecutado a Cliaparia yo mismo. Ishtar sólo ha hecho justicia con el soldan-shah.

Omra quiso exiliar a la hija de Cliaparia —su propia hija—, aunque la niña era muy pequeña para asumir cualquier responsabilidad. Pero cuando Ishtar miró a la niña, algo cambió en su interior. Había podido encontrar su humanidad de nuevo, la que había hallado cuando descubrió en una botella la nota perdida hacía mucho tiempo de su amado Criston Vora.

—No se puede castigar a una niña por los pecados de su madre —había insistido Ishtar.

El soldan-shah estaba perplejo, porque Ishtar tenía más motivos que nadie para odiar a Cliaparia y a su familia. Pero ella se mantuvo firme, y él cedió. En lugar de exiliar a la niña, crió a Cithara como si fuera una de sus propias hijas. Aunque Omra seguía sin entender sus motivos, el acuerdo había funcionado bien durante los últimos seis años. Las tres niñas eran inseparables.

Fuera en la plaza, Fyiri continuó.

—Ondun se mantendrá de espaldas a nosotros mientras sigamos estando contaminados, mientras siga habiendo entre nosotros gente que se esconde detrás de máscaras y cuyos pensamientos nunca se conocen de verdad.

Otra referencia velada a Ishtar. Ella la encontró en realidad irónica. ¿Máscaras? Con sus cabellos dorados, su piel clara y sus ojos azules, Ishtar nunca podría pasar por uno de ellos. En primer lugar, nunca había querido estar allí; ella nació para ser una mujer del pueblo con un marinero terrano como marido. Pero Omra la había tomado hacía más de dieciocho años. Ahora, aquélla era su única vida, y ella lo había llevado lo mejor posible.

—No te preocupes, mamá —dijo Ishtala en voz baja, hablando para sí misma y sus hermanas—. Cuando todas nosotras seamos sikaras, nunca te odiamos, no importa lo que traten de enseñarnos.

Con los hermosos cojines amontonados a su alrededor, Ishtar se sentó en la tarima de la sala del trono. Al actuar en lugar del soldan-shah, esperaba recibir al emisario del Soldan Huttan de Wahilir Ulterior.

A su lado tenía una vasija de plata acanalada llena de agua caliente, hojas de menta fresca y miel, junto con una taza de cerámica satinada. Ishtar no iba a ser muy cortés con el emisario. Había conocido a Ualfor durante un banquete con Omra, pero dudaba que hubiera reparado en ella; era un hombre que sólo veía a la gente *importante* de una habitación.

Como portavoz del Soldan Huttan, Ualfor estaba desarrollando una propuesta para anexar ciertas tierras fronterizas con el Soldanato de Yuarej, áreas que Huttan afirmaba que habían sido olvidadas por Yuarej, y en las que ya se había asentado el pueblo de Wahilir Ulterior. Ishtar debía aceptar el documento en nombre del soldan-shah, pero no tenía intención de tomar una decisión.

Ualfor entró despacio, la cabeza bien alta, y un olbo blanco alrededor de su pelo oscuro. Olía a madera de sándalo y a clavo; el olor lo precedía varios pasos, pero cuando vio a Ishtar sentada en la tarima, el emisario se detuvo bruscamente.



—He sido enviado por el Soldan Huttan para hablar con el soldan-shah. Tengo una importante petición, pero sólo la diré ante sus ojos.

—Yo soy sus ojos hoy.

El emisario sujetaba firmemente un pergamino, con tanta fuerza que lo estaba arrugando.

—No puedo confiar un asunto tan delicado a...

—¿A una de sus esposas?

—¿Cuándo va a volver el soldan-shah? Dímelo.

Ishtar se sintió intimidada por su tono y por la forma en que se imponía.

—Yo no controlo la agenda del soldan-shah, y tú tampoco. Por orden de Omra, estoy yo en el tribunal, para recibir, y decidir, estos temas en su ausencia. Puedes entregarme a mí el documento o marcharte a casa sin concluir tu tarea. A mí no me importa.

El emisario se dirigió a dos de sus sirvientes que habían entrado tras él. Golpeó a uno en un lado de la cabeza, reprendiéndole por hacerle quedar como un tonto desinformado. Sin despedirse de Ishtar, Ualfor salió de la sala del trono. Ella apenas pudo evitar reírse en su cara de tan infantil conducta.

Esa noche, sola en su espacioso dormitorio, Ishtar encendió cinco velas de cera y se sentó con las piernas cruzadas en el suelo, junto a una mesa baja de caoba. Se entretuvo con un solitario de esferas de cristal y perlas. Oyó una voz suave, y levantó la vista para encontrarse con los ojos de Naori, la otra esposa de Omra.

—Perdona, Ishtar, ¿podría hablar contigo?

Ishtar señaló la mesa.

—Siempre eres bienvenida aquí, Naori.

Al contrario que la asesina Cliaparia, Naori era dulce y amable. Desde el día en que el soldan-shah se había casado con la muchacha, Ishtar y Naori se habían llevado bien. A pesar de estar inmersa en la cultura urabana, Ishtar tenía desde hacía mucho tiempo la idea preconcebida de la monogamia, como predicaban los Aidenistas. Al comienzo, ella nunca había querido casarse con Omra, y en su corazón —así como ante los ojos de Ondun—, ella todavía estaba casada con Criston Vora. Naori no era ninguna amenaza para ella ni para sus hijas. La joven esposa le había dado al soldan-shah dos hijos, Omirr e Irec, que serían los herederos de Uraba.

Naori recogió su falda de seda para poder arrodillarse al lado de la mesa baja. Ishtar reordenó las cuentas y esferas de cristal, de modo que pudieran jugar las dos, pero la otra mujer parecía muy preocupada.



—La Ur-Sikara Erima vino a verme otra vez en la iglesia, durante los servicios de la puesta del sol. Mientras yo rezaba, me dijo cosas peligrosas al oído.

Ishtar retiró las piezas del juego.

—¿Qué te dijo?

—Ella dice que... —Naori tragó saliva—. Ella dijo que Saan y tú vais a matar a mis dos hijos, para así poder gobernar Uraba. La ur-sikara se burló de mí por confiar en ti. —Al sacudir la cabeza, sus rizos oscuros ondearon de un lado a otro.

Ishtar puso los ojos en blanco.

—¿Por qué iba yo a ser tan tonta? Incluso si me las arreglara para poner a Saan en el trono, él nunca estaría a salvo. Sería asesinado en un mes. Las dos sabemos que la gente de Uraba, por no mencionar a las sikaras, nunca lo toleraría en el trono.

Sin embargo, la simple lógica no consoló a Naori. Ishtar se obligó a recordar la traición de Cliaparia. Alargó la mano para coger la de la joven.

—He sentido el dolor de perder un hijo. No te haría eso, ni a ti ni a mi hijo. —Bajó la voz—. Ni a nuestro marido. Amo a Saan y Omra lo adora. Lo quiero a salvo y con vida.

Ishtar dispuso las piezas otra vez y empujó las esferas azules cerca de Naori, animándola a cogerlas. El juego podría distraerla de las venenosas acusaciones de la ur-sikara.

—Todos formamos parte del mismo hogar. Te quiero, Naori, y te he ayudado a criar a tus hijos. Omirr será un buen soldan-shah algún día. —Lo decía sinceramente—. Quiero que tus hijos, y el mío, crezcan y prosperen.



4 Puerto de Olabar

Al hermano pequeño de Saan le encantaban los coloridos buques del puerto de Olabar, los comerciantes que pregonaban los exóticos artículos de los lejanos soldanatos, y los pescadores que exponían sus capturas en el mercado. Las aves marinas revoloteaban sobre sus cabezas, de modo que Saan cogió firmemente la mano regordeta del niño de seis años, y avanzó entre la bulliciosa multitud.

